

REENCUENTRO CON JERÓNIMO JIMÉNEZ DE URREA Y SU *DIÁLOGO DE LA VERDADERA HONRA MILITAR* (1566)

MARÍA SOLEDAD CARRASCO URGOITI
Hunter College of C.U.N.Y.

Para celebrar la obra crítica de Francisco Márquez Villanueva, empiezo por recordar los años en que la aparición de su tesis doctoral sobre un poeta del entorno de los Reyes Católicos¹ y su Estudio Preliminar a la edición de la *Católica impugnación* del primer Arzobispo de Granada Fray Hernando de Talavera² marcaron un hito, tanto en la historiografía referente a los moriscos como en la exégesis de la obra literaria de escritores de linaje converso. Suponen tales investigaciones un nuevo acercamiento a personalidades que en el umbral de la Edad Moderna pugnaron con obra y vida por conciliar las raíces dispares de su propio ser, y también a quienes en la España del siglo XVI experimentaron dolorosamente el tránsito hacia la uniformidad de una población segmentada. Vinieron otras obras capitales del mismo crítico, así como de otros estudiosos, que en gran medida proyectaban sus investigaciones con el ejemplo de Américo Castro en el horizonte. Fueron emergiendo hilos ignorados en el entramado de ciertas obras, cuyos autores vivieron en una encrucijada de creencias en conflicto y de saberes, que eran la herencia del medioevo peninsular, al tiempo que su pensamiento y sensibilidad se abrían a la poderosa corriente del humanismo y al culto renacentista a la belleza y la individualidad.

EN LAS POSTRIMERÍAS DEL MUDEJARISMO ARAGONÉS

Dentro de esta búsqueda, pensé poner un granito de arena con unas indagaciones que me llevaron a un enclave que sigue pareciéndome digno de atención. Me refiero a un círculo que a mediados del siglo XVI reúne a algunos ingenios, que escriben

1. *Investigaciones sobre Juan Álvarez Gato*, Madrid, Real Academia Española, 1960 (Anejos del Boletín de la Real Academia Española, 4).

2. Ed. de Fr. Martín Hernández, Barcelona, Flors, 1961 (Universidad de Salamanca, Espirituales Españoles, A, 6).

volcados hacia las novedades que llegan de Italia, pero manteniéndose muy conscientes de lo propio. Se agrupan en torno a figuras representativas de la nobleza de Aragón, que fue mayoritariamente fuerista, y como tal se mantenía apegada a sus tradiciones y defendía en lo posible la independencia de que gozaban sus señoríos, en muchos casos habitados por vasallos moriscos que hasta el segundo cuarto del siglo XVI no fueron obligados a cambiar su fe. Vivían bajo el estatuto mudéjar en condiciones de servidumbre, practicando diversos oficios y sobre todo cultivando las huertas, generalmente en buena armonía con los barones o nobles que poseían las tierras. En tono sarcástico lo constata, por ejemplo, Pedro Marcuello en un *Cancionero* recopilado en fechas próximas a la caída del reino nazarí de Granada³. Al mismo tiempo, a lo largo del siglo XVI entre la población rural aragonesa de origen musulmán se solía reclutar la hueste particular del noble o caballero hidalgo, que contaba con sus ballesteros para defender las lindes de su señorío. Asimismo se seguían utilizando los servicios de otros mudéjares –o, a partir de 1526, “nuevos convertidos de moros”– cuando se edificaba una nueva vivienda, imitando acaso las villas de Italia, pero conservando en la ejecución el sello de las artes mudéjares que seguirán caracterizando durante el Renacimiento la arquitectura de Aragón⁴. Del mismo modo, la colectividad morisca comprendía algunos médicos, cuya función era compartida por los de linaje hebreo⁵. Como es hoy notorio, esta otra minoría cristiana-nueva tenía frecuentemente a su cargo las finanzas y no es aventurado conjeturar que sus miembros desempeñarían en muchos casos, aunque no de modo exclusivo, las funciones de secretario, cronista o genealogista de casas nobles⁶. En suma, las tres ramas que configuraron en el pasado las formas de vida y cultura que se habían desarrollado en la Península, tanto en los reinos cristianos como en los estados islámicos, tenían cierta continuidad en aquellas pequeñas cortes señoriales de un reino de Aragón que reconocía de buen grado al Emperador por su soberano y participó en sus campañas, pero se defendía ante la tendencia centralizadora impulsada por Castilla en que de algún modo se implicaba el Santo Oficio.

3. Una tesis doctoral reciente, defendida en Princeton University, pone de relieve la actitud hostil de este autor aragonés hacia la pacífica convivencia que observa en su entorno y la relaciona con el auge del profetismo popular que se produce tanto entre cristianos viejos como entre mudéjares y moriscos. Reem F. Iversen, *Prophecy and Politics: Moriscos and Christians in Sixteenth and Seventeenth Century Spain*, Ann Arbor, Michigan, UMI Dissertation Services, 2003, pp. 52-81.

4. Analiza la conjunción de elementos renacentistas, básicamente italianizantes, y técnicas mudéjares que caracteriza la arquitectura aragonesa del siglo XVI Geneviève Barbé-Coquelin de Lisle, *Siècles d'Or de l'architecture hispanique*, Biarritz, Atlantica, 2001, pp. 31-89.

5. Véase Antonio Domínguez Ortiz y Bernard Vincent, *Historia de los moriscos. Vida y tragedia de una minoría*, Madrid, Revista de Occidente, 1978, pp. 122-124. Cf. también Luis García Ballester, *Los moriscos y la medicina*, Barcelona, Labor, 1984.

6. Sobre genealogistas españoles o portugueses de origen judío véase Julio Caro Baroja, *Los judíos en la España moderna y contemporánea*, Madrid, Arión, 1962, vol. II, pp. 348-350.

No fue allí siempre tajante la divisoria del linaje. Harto conocido, pues se esgrimió como arma arrojadiza, era el parentesco que en el pasado varias casas nobles aragonesas habían contraído por matrimonio con familias hebreas. Lo mismo sucedía en el sector social de los “caballeros e hidalgos” que constituían otro “brazo del reino”, y en esta clase se habían integrado un buen número de judíos adinerados, incluyendo los que, por tradición adscrita a determinados linajes, administraban los bienes de las instituciones. La burguesía de Zaragoza también comprendía algunas familias de origen mudéjar, de las que dieron noticia los propios apologistas de la expulsión⁷, mientras que en las villas de señorío la convivencia del señor con los nuevos convertidos que las habitaban podía tener visos de familiaridad notoria.

Según denunciará un acérrimo apologista de la expulsión, muchos matrimonios cristianos se veían perturbados por los amoríos del marido con las mozas moriscas⁸. Y por lo menos está documentado en un proceso de pruebas de hidalguía un caso en que la preeminencia de una amante mora en casa de un barón no casado llegó al punto de contaminar a su descendencia.⁹ Durante el reinado de Felipe IV se pretendió negar el hábito de Santiago al marqués de Torres, don Martín Abarca de Bolea, y a su hijo don Luis, aduciendo un rumor extendido en la comarca. Se creía que la marquesa era nieta de una “morisca rubsa”, conocida como la querida del señor de Botorrita, quien por cierto pertenecía a la familia de los Condes de Fuentes¹⁰, tan

7. Fray Marcos de Guadalajara se refiere a un rico mercader, apellidado Compañero, que fue ajusticiado en 1581 por conspirar con un morisco de Valencia en un proyecto de rebelión. Cf. *Memorable expulsión y justísimo destierro de los moriscos de España*, Pamplona, 1613, ff. 60-61 y 102. Sobre esta minoría véase M^a Carmen Anson Calvo, “Poder económico, poder social y persecución: tres variables significativas en procesos inquisitoriales aragoneses”, en Antonio Mestre Sanchís y Enrique Giménez López (eds.), *Disidencias y exilios en la España moderna*, Alicante, A. E. H. M., 1997, pp. 193-212. Analiza las motivaciones de los apologistas de la expulsión, así como de quienes se opusieron a ella y los posteriores juicios sobre el hecho y sus consecuencias, F. Márquez Villanueva, “El problema historiográfico de los moriscos” (1984) en *El problema morisco (desde otras laderas)*, Madrid, Libertarias, 1991, pp. 98-195.

8. Me refiero a Pedro Aznar Cardona, autor de *Expulsión justificada de los moriscos españoles* (1612), a quien Julio Caro Baroja dedicó el memorable ensayo, “Los moriscos aragoneses según un autor del siglo XVII”, *Razas, pueblos y linajes*, Madrid, Revista de Occidente, 1957, pp. 81-98. El fragmento a que aludo se incluye en Mercedes García Arenal, *Los moriscos*, Madrid, Editora Nacional, 1975, pp. 230-235.

9. Carrasco Urgoiti, *El problema morisco en Aragón al comienzo del reinado de Felipe II*, Valencia, Artes Gráficas Soler, 1969 (Estudios de Hispanófila 11), pp. 44-45. La documentación del caso comentado se halla en el Archivo Histórico Nacional, Sección Santiago, núm. 4: Pruebas de don Martín Abarca de Bolea Castro y Fernández. Es oportuno recordar que el cáustico *Tizón de la nobleza de España* fue motivado por la negativa a conceder hábitos a dos caballeros que por alguna rama de su linaje no eran de sangre “limpia”, circunstancia que afectaba a gran parte de la nobleza, como el autor se propone demostrar. Cf. Víctor Infantes, “Luceros y Tizonas: Biografía nobiliaria y venganza política en el siglo de oro”, *El Crotalón. Anuario de Filología Española*, 1 (1984), pp. 115-127.

10. Se trata del título aragonés que en el siglo XVI ostentaban los Fernández de Heredia. En Castilla hubo otro Conde de Fuentes insigne, el general y almirante don Pedro Enríquez de Acevedo.

implicada en la causa fuerista como los Ximénez de Urrea. Se replicó aduciendo el testimonio de varios vecinos según los cuales en aquella villa de señorío la bella morisca había criado junto a su propia hija a otra niña que sería la abuela del pretendiente. Según las declaraciones, la madre de esta criatura, que evidentemente había sido seducida por el barón, pertenecía a una familia hidalga de Navarra. El asunto se zanjó por intervención directa del monarca.

Cierta o no, esta historia muestra una vez más que los rumores considerados infamantes podían incidir en el destino aun de personas que pertenecían a la élite de la sociedad española. También ilustra ciertos procedimientos, como la búsqueda de testigos interesados, con que se procuraba contrarrestar tales murmuraciones, que podían paralizar una trayectoria vital ascendente. Nos encontramos ante una crisis caracterizadora de la “edad conflictiva”, como la llamó Américo Castro, y más específicamente con un proceso paralelo al de los expedientes requeridos por los estatutos de limpieza de sangre, que en relación con los cristianos nuevos de origen hebreo estudió Albert A. Sicroff¹¹.

No fue ajena al mundo en que vivió el escritor de quien tratamos esta anécdota, que nos pone ante los ojos un cuadro familiar a primera vista sorprendente en la España del siglo XVI. En 1575 don Martín Abarca de Bolea y Castro se había involucrado en la reedición póstuma del libro en que Urrea planteó cuestiones de honra¹², y al hacerlo se proclamó sobrino de este autor con quien compartía aficiones literarias y que también hubo de superar, como veremos, un inconveniente que tocaba a su buen nombre para ingresar en la Orden de Santiago.¹³

UN PEQUEÑO Y UN GRAN MECENAS

Bárboles fue otra villa agrícola donde los vínculos entre señor y vasallos moriscos tuvieron que ser firmes. Allí, bajo los auspicios de Jerónimo Jiménez de Embún y su esposa, que pertenecía a la ilustre y notoriamente conversa familia de los

11. Cf. Albert A. Sicroff, *Los estatutos de limpieza de sangre: controversias entre los siglos XV y XVII* [versión francesa, 1960], trad. de M. Armiño, Madrid, Taurus, 1985. Sobre el malestar a que esta situación dio lugar entre la nobleza aragonesa, véase André Gallego, “Le Libro verde de Aragón ou la peur de la tache” en Augustin Redondo y Marc Vitse (eds.), *Quelques Aspects des peurs sociales dans l'Espagne du Siècle d'Or*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1994 (Anejos de *Criticón*, 2), pp. 7-16.

12. Me refiero al *Diálogo de la verdadera honra militar que trata como se ha de conformar la honra con la consciencia. Compuesto por Don Hieronimo de Urrea* (Madrid, Francisco Sánchez, 1575), que don Martín dedica al rey don Felipe, en este caso Felipe II.

13. La unión de las dos casas nobles de que tratamos se hace notoria en los apellidos de don Pablo Abarca de Bolea y Jiménez de Urrea, el estadista del siglo XVIII que es hoy el principal referente del

Sessé.¹⁴ hubo de gestarse la redacción de la *Parte de la Corónica del inclito infante don Fernando que ganó Antequera*, título con que se imprimió la única versión de *El Abencerraje* que vio la luz como librito autónomo¹⁵. Aunque el pequeño volumen fue publicado en Toledo, la dedicatoria y las mismas características del texto lo sitúan inequívocamente en el entorno de los ingenios y señores aragoneses, donde se propiciaban, por cierto, tanto el género de la relación histórica como el por entonces novedoso de la prosa bucólica. Pero hay más. Mosén Jerónimo visitó Toledo en marzo de 1560 para pedir en el Tribunal del Santo Oficio una certificación de haber presentado, en nombre propio y como apoderado del Duque de Villahermosa y del Conde de Aranda, una apelación contra un decreto inquisitorial relativo a los “nuevamente convertidos” del reino de Aragón. Se trataba de una prohibición del uso y posesión de ballestas y armas de fuego promulgada meses antes. Aunque esa etapa en el largo pulso de la Inquisición con los señores de vasallos y los propios concejos de las villas moriscas es poco conocida, se halla abundantemente documentada¹⁶ y constituyó un momento dramático para los implicados.

Al calor de aquellos hechos y dentro de tal ambiente, resulta, a mi juicio, perfectamente congruente la adopción –si no la gestación misma– de un texto pseudo-histórico, como *El Abencerraje*, que es un excepcional alegato a favor, no sólo de los valores caballerescos sino también de la equiparación del caballero moro y el cristiano.

Y si tal orientación concuerda con el clima político que propiciaba la alianza de las aljamas con los señores de vasallos, como creación literaria refleja asimismo el perfil cultural del círculo en que se movían el señor de la villa morisca y el anónimo servidor que le dedica la obra.

14. Véanse Francisco López Estrada, “*El Abencerraje* de Toledo, 1561. Edición crítica y comentario”, *Anales de la Universidad Hispalense*, XIX (1959), pp. 1-60, y Claudio Guillén, “Individuo y ejemplaridad en *El Abencerraje*” en *Collected Studies in Honour of Américo Castro's Eightieth Year*, Oxford, Lincombe Lodge Research Library, 1965, pp. 175-197.

15. Resume la crítica en torno a la obra, incluida esta versión, Francisco López Estrada en su edición de *El Abencerraje (Novela y romancero)*, 9ª ed. renovada, Madrid, Cátedra, 1993. He esbozado también una síntesis de la historiografía en el capítulo “La novela morisca” de Francisco López Estrada, Félix Carrasco y Soledad Carrasco Urgoiti, *La novela en el siglo XVI*, Madrid, Iberoamericana / Vervuert, 2002, pp. 51-87. Importante contribución a la exégesis de la obra: André Stoll, “Abindarráez y Narváez: 2002, pp. 51-87. Importante contribución a la exégesis de la obra: André Stoll, “Abindarráez y Narváez: el último de los Abencerrajes, un cristiano noble y la persecución de los judíos conversos” en A. Stoll (ed.), *Averroes dialogado, y otros momentos literarios y sociales de la interacción cristiano-musulmana en España e Italia*, Kassel, Edition Reichenberger, 1998, pp. 141-184.

La *Parte de la Corónica del inclito Infante don Fernando que ganó Antequera*, que es la versión vinculada a Aragón, es objeto de edición y estudio en José Esquerrá Nonell, *El Abencerraje tagarino: tradición estética y didáctica*, Granada, Adhara, 1996 (Colección Romania, 9).

16. Cf. la sección “III: Los conflictos políticos”, en Gregorio Colás Latorre y José Antonio Salas Ausens, *Aragón en el siglo XVI: Alteraciones sociales y conflictos políticos*, Zaragoza, Departamento de Historia Moderna / Universidad de Zaragoza, 1982, pp. 415-592. Remito también a mi monografía ya citada *El problema morisco en Aragón*.

Bárboles se encuentra a corta distancia de Épila, capital del señorío de los Condes de Aranda, situada en las riberas del Jalón y floreciente villa morisca. El conde don Juan Jiménez de Urrea fue uno de los más radicales opositores al control del Santo Oficio en el conflicto a que hemos aludido¹⁷. Al mismo tiempo, su hermoso palacio renacentista y los bellos parajes adyacentes acogían un cónclave de hombres de letras que cultivaban la poesía, lírica o narrativa, y escribían crónicas y obras de ficción. Entre éstas, algunas mantenían vivo el género caballeresco, que empezaba a verse como arcaico, mientras que otras representaban el por entonces muy novedoso del libro de pastores. Jorge de Montemayor fue ilustre visitante de este círculo, sobre el que, posteriormente, dio noticias el cronista Juan Francisco Andrés de Uztarroz. Y acaso con esos contactos se deba relacionar la aparición de una de las tres versiones de *El Abencerraje* en una edición póstuma de *La Diana*¹⁸.

Entre los ingenios que se acogen al patronazgo del Conde de Aranda destaca el propio Montemayor, que le dedica su traducción de las *Obras* de Ausias March, publicadas el año 1562 en Zaragoza, donde asimismo aparecieron la “Vida del poeta”

17. Otro magnate y mecenas implicado en la brega fue el Duque de Villahermosa don Martín de Gurrea y Aragón. Cf. G. Colás Latorre y J. S. Salas Ausens, pp. 577-578, donde se constata la coherencia del grupo fuerista, que comprendía también al Señor de Bárboles, a quien se dedica una versión de *El Abencerraje*.

El duque era aficionado a coleccionar monedas y otras piezas de anticuario, y escribió unos *Discursos de medallas y antigüedades* en que se manifiesta “la voluntad de dar vida al pasado histórico” que comparte con Antonio Agustín y otros humanistas y anticuarios de su entorno, según recuerda Aurora Egido en el cap. “Numismática y literatura” de *La rosa del silencio. Estudios sobre Gracián*, Madrid, Alianza Editorial, 1996, pp. 176-196. En *Las caras de la prudencia y Baltasar Gracián*, Madrid, Castalia, 2000, la misma autora señala con su habitual maestría la coherente progresión que llevan a cabo esas generaciones de hombres de letras y magnates apasionados por el arte, la historia y la creación literaria, preparando el terreno para la peculiar creación de Baltasar Gracián. Del mecenazgo que ejercieron varios duques de Villahermosa se beneficiaron el cronista Juan Francisco Andrés de Uztarroz, así como los hermanos Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola. Copiosa información en Ricardo del Arco, *La erudición española del siglo XVII y el cronista Andrés de Uztarroz*, Madrid, C.S.I.C., 1950. Sobre el repertorio de libros manejados por los ingenios de la época en Aragón véase Karl Ludwig Selig, *The Library of Vincencio Juan de Lastanosa, Patron of Gracián*, Ginebra, Droz, 1960.

El soberbio palacio de los Gurrea y Aragón, que albergaba las colecciones formadas por don Martín, se hallaba en las inmediaciones de Pedrola, otra villa de señorío próxima a los ríos Ebro y Jalón, y en esa corte ducal se ha creído ver el modelo vivo de la que muestra Cervantes, como teatro de aventuras y burlas, en la Segunda Parte del *Quijote* (caps. 30-57). Véase la nota de Francisco Rodríguez Marín en Miguel de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Nueva edición crítica, Madrid, Atlas, 1947-1949, tomo V, p. 311, n. 4.

18. Resumen en este párrafo mi anterior trabajo “Las cortes señoriales del Aragón mudéjar y *El Abencerraje*”, en Rísel Pincus Sigel y Gonzalo Sobejano (eds.), *Homenaje a Casaldueño. Crítica y poesía*, Madrid, Gredos, 1972, pp. 115-128.

19. Sobre la interdependencia de las versiones y la probable prioridad cronológica del texto aragonés, véase Eugenia Fosalba, *La Diana en Europa. Ediciones, traducciones e influencias*, Barcelona, Universitat Autònoma, 1994, pp. 135-184.

por Diego de Fuentes y una elegía a su vez motivada por la muerte del autor de la *Diana*. La compuso Marcos Dorantes, otro ingenio aragonés que era amigo de Gutierre de Cetina, como también lo fue nuestro Jerónimo de Urrea. Diego de Fuentes, un músico, cronista y poeta que formaba parte del mismo círculo, cantó en estilo cancioneril las gracias y belleza de las damas aragonesas, sin olvidar a la hija del Barón de Bárboles. Por último mencionaremos al mercader de libros Miguel de Zapala o de Suelves, quien como los otros ingenios citados dio fe en una dedicatoria del patrocinio que ejercía el Conde de Aranda y de su afición a las letras.

Esta actitud se transmitió a sus descendientes, pues un hijo suyo, don Pedro Jiménez de Urrea, cultivó el género histórico²⁰, mientras que, ya en el siglo XVII, su sucesor, don Antonio, se mostraría fiel a la tradición familiar de mecenazgo hasta el punto de merecer que Baltasar Gracián le dedicase su *Agudeza y arte de ingenio* (1648), y viese en él un modelo de nobles²¹. También lo fue su esposa, doña Luisa de Padilla, que cultivaba las letras. Castellana de nacimiento, esta condesa de Aranda se identificó con el ambiente erudito y austero del círculo de Lastanosa y Gracián y contó con la estima de éste último. En uno de sus libros se muestra, a juicio de Aurora Egido, influida por las ideas sobre el comportamiento óptimo del caballero en la sociedad de su tiempo que había expresado en el siglo anterior el lejano deudo de su esposo, Jerónimo de Urrea en su *Diálogo de la verdadera honra militar*.

PERFIL BIOGRÁFICO DE JERÓNIMO JIMÉNEZ DE URREA

Si en Montemayor encontramos al visitante más ilustre, Jerónimo de Urrea —o Ximénez de Urrea— representó en el círculo de Épila la mayor apertura hacia Europa. Estrechamente vinculado por parentesco a la familia del Conde de Aranda y por amistad a los ingenios de su entorno, el autor del *Diálogo de la verdadera honra militar* era uno de los escritores españoles de mediados del XVI más familiarizados con la actualidad del ámbito literario europeo. Tuvo también excepcional empeño en dar a conocer novedades, aprovechando la familiaridad con varias lenguas que le permitió adquirir la vida de soldado. Todavía por aquellas fechas el ejercicio simultáneo de las armas y de las letras constituía un rasgo muy deseable del caballero, bien viviese como cortesano o siguiese la vida itinerante que propiciaba la profesión militar. Las dos vertientes de la cultura europea del “señor capitán” como le llama el cura del *Quijote* (Primera parte, cap. 6), están representadas en dos obras que

20. Así consta en Félix de Latassa, *Biblioteca antigua y nueva de escritores aragoneses*, Zaragoza, 1884.

21. A. Egido, “La Nobleza virtuosa de la Condesa de Aranda, doña Luisa de Padilla, amiga de Gracián”, *Archivo de Filología Aragonesa*, LIV-LV (1998), pp. 9-41 y “La Idea de nobles de la Condesa de Aranda y Baltasar Gracián”, en José A. Ferrer Benimeli (ed.), *El Conde de Aranda y su tiempo*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2000, vol. II, pp. 63-80.

tradujo: por un lado el poema borgoñón *El caballero determinado*, que codifica la conducta de los caballeros; por otro la epopeya culta *Orlando Furioso* de Ludovico Ariosto. En un caso, normas de caballería y virtud preconizadas desde la óptica del otoño de la Edad Media; por otro, la fantasía desbordante y el trasfondo irónico del poeta y humanista del sur de Italia que recrea las aventuras y los amores de los pares de Francia, en contacto con un mundo exótico y transgresivo, rasgo que se mitiga en esta traducción²². El cuadro se completa si tenemos en cuenta que Urrea dejó inédita una versión de la *Arcadia* de Jacopo Sannazaro, el bien articulado conjunto de prosas y poemas pastoriles que a principios del siglo XVI marcó un rumbo hacia la novelización de la materia bucólica, anticipando aspectos que serían desarrollados por Montemayor²³. La producción narrativa original de Urrea se polarizó también entre el gusto por lo caballeresco, tan propio de un oficial de los tercios españoles al servicio del Emperador, y la novedad que representaban los recientes libros de pastores. Compuso, aunque no llegó a publicar, el extenso *Libro del invencible caballero Don Clarisel de las Flores*, que revela una fantasía nutrida por el repertorio caballeresco tardío y el poema de Ariosto²⁴, mientras que *La famosa Epilia*, –texto perdido a excepción de un párrafo inicial descriptivo– introducía la recreación bucólica del ámbito familiar donde había transcurrido la niñez de este vástago ilegítimo de la familia noble que allí imperaba. Y una “Alameda del Conde”, lugar de encuentro de los ingenios aragoneses, se mostraba ahora como el terreno idílico en que plasaban los sueños de un escritor de vocación, que se había formado como hombre de letras mientras conocía los campos de batalla de Europa y la contenciosa vida soldadesca, así como los medios cortesanos de Italia.

La obra en que Urrea, seguramente retirado en Zaragoza, alcanzó su voz propia se ajusta al formato de diálogo, tan asiduamente cultivado en tiempos del Emperador para dilucidar cuestiones de fe, destapar vicios sociales o encauzar la vida virtuosa. Me refiero al *Diálogo de la verdadera honra militar* (1566), que paradójicamente podría definirse como un alegato contra el duelo, y como un tratado sobre su práctica. El acento en la enunciación del mensaje que implica todo título de un libro reflexivo recae en el calificativo “verdadera”. Se percibe a través del texto la tensión con que vivió su profesión de hidalguía un caballero, por linaje y formación, que arrastraba la mancha de no haber nacido dentro de la legitimidad del matrimonio. Por ello no heredó título ni estados, aunque fuese el único hijo varón de don Ximeno de Urrea, último Vizconde de Biota y cabeza de esa rama menor del linaje de los condes de

22. Analiza la versión de Urrea, así como las críticas de que fue objeto, Maxime Chevalier, *L'Arioste en Espagne (1530-1650)*, Burdeos, Institut d'Études Ibériques et Ibéro-Américaines de l'Université de Bordeaux, 1966, pp. 71-84.

23. Cf. F. López Estrada, *Los libros de pastores en la literatura española. La órbita previa I*, Madrid, Gredos, 1974, pp. 133-151. Resumido en *La novela en el siglo XVI* (citado *supra*, nota 14), pp. 135-136.

24. Lo constata M. Chevalier, *L'Arioste en Espagne* cit., pp. 261-263 y 281.

Aranda. A su muerte los bienes y la baronía fueron incorporados al patrimonio del condado, aunque el vizconde, que era viudo, había reconocido a un hijo y una hija naturales. Como sucedió en el caso de otros bastardos ilustres²⁵, Jerónimo fue integrado con ese status equívoco en el círculo familiar de los Urrea. Se dice que nació en Épila y al menos hubo de transcurrir su infancia en la villa condal, donde recibió la educación propia de un caballero cortesano. Integrado en el “brazo” de nobles asistió a las Cortes del reino de Aragón. Muy joven inició su carrera militar, en la que destaca el arrojo con que combatió en el asalto a la plaza provenzal de Muy, donde vio caer a un amigo que era el mayor poeta de su generación, Garcilaso de la Vega. Se movió también en la esfera política, actuando en una ocasión ante Felipe II como emisario del Duque de Alba y desempeñando al final de su carrera el cargo de gobernador de Apulia. Estos datos y otros manejados por Pierre Geneste en su competente estudio de vida y obra²⁶, lo sitúan muy cerca de la élite cortesana y literaria de su tiempo.

El hábito de Santiago le fue concedido a Jerónimo de Urrea en 1539 tras un expediente que debió suponer una experiencia traumática, ya que se planteó el inconveniente de la ilegitimidad, aunque la duda se resolvió a su favor, quedando certificada por los testigos la pertenencia a la clase hidalga de la madre del pretendiente, aunque no consta su nombre²⁷. Defensa, por cierto, no muy diferente a la presentada en el caso, que hemos comentado, de los Abarca de Bolea.

UN HOMÓNIMO OSCILANTE ENTRE CRISTIANDAD E ISLAM: EL CASO REAL Y LA VERSIÓN FICTIVA DE LOPE DE VEGA

Curiosamente, se acoge también al apellido de los Urrea y al nombre de pila Jerónimo una vida fronteriza de que dará cuenta medio siglo después de la muerte de nuestro escritor un sacerdote siciliano llamado Octavio Sapiencia, que vivió unos años en Istanbul, sirviendo al embajador de Francia. Cuando se vio forzado a huir buscó refugio en España, donde publicó en correcto castellano un librito informativo y ameno que tituló *Nuevo tratado de Turquía* (1622). La coincidencia onomástica

25. En el ámbito de la nobleza –para no referirnos a don Juan de Austria–, el caso más significativo fue posiblemente el del Gran Prior en Castilla de la Orden de San Juan de Jerusalén, don Hernando de Toledo. Era hijo natural del Duque de Alba don Fernando Álvarez de Toledo y le acompañó de modo más constante que el heredero don Fadrique. Pese al perfil apicarado que le dio la fama, desempeñó importantes funciones en la guerra y en la paz. Cf. Ángel Salcedo Ruiz, *Un bastardo insigne del Gran Duque de Alba: El Prior D. Hernando de Toledo*, Madrid, 1903. De su popularidad dio testimonio Vicente Espinel, *Vida del escudero Marcos de Obregón*, Relación Primera, descanso 1º.

26. *Le Capitaine-Poète aragonais Jerónimo de Urrea: Sa vie et son oeuvre ou Chevalerie et Renaissance dans l'Espagne du XVI siècle*, Paris, Ediciones Hispanoamericanas, 1978.

27. *Ibid.*, pp. 61-62.

con nuestro autor parece fortuita a su principal estudioso, Pierre Geneste²⁸, quien cita un documento sobre otro Jerónimo de Urrea, que en 1603 se alistó en las galeras de España. La cronología dificultaría identificar a éste con el protagonista de la trágica historia que recogerá el libro citado y pasará a una novela de Lope de Vega.

El nuevo Jerónimo de Urrea conocido de Sapiencia era natural de Zaragoza, y con veinte años de edad llegó a Constantinopla, según, Sapiencia, en 1609, año en que se promulgó el decreto de expulsión de los moriscos²⁹, después de haberse rescatado en Argel. El autor le llama don Jerónimo y le considera hombre de mérito. Cuenta que se le había encomendado una gestión importante, cuya naturaleza no se aclara, y que se mantuvo oculto en la Embajada de Francia hasta que el sultán tuvo noticia de su paradero. Entonces le reclamó reiteradamente y al fin le hizo conducir por la fuerza a su palacio, donde fue invitado a renegar bajo tremendas coacciones. Aunque se resistió, acabó cediendo a la presión, y como tantos que dieron el paso de la apostasía, se incorporó al servicio del Gran Turco y empezó a prosperar. Sapiencia fue testigo de sus éxitos, que terminaron mal, pues en 1615, a consecuencia de una riña que mantuvo en el serrallo con el caballero mayor de la corte otomana, estuvo a punto de perder la vida. Por intercesión de la sultana, sólo se le condenó a servir en el ejército, lo que le permitió proyectar su regreso a tierra de cristianos, con la ayuda de Sapiencia. Antes de que pudiera realizar su propósito, fueron delatados por un morisco de los expulsados de España, que era criado del aragonés y le había hecho creer que, como él, se sentía cristiano. Jerónimo sufrió prisión, y proclamó en todo momento su deseo de morir mártir, aunque hasta última hora se le brindó el perdón, lo que pudiera significar que él también tenía vínculos de sangre con los criptoislámicos españoles, que tantas veces portaban el apellido de una casa noble. Fue ejecutado en el verano de 1616, mientras que su protector italiano, que recogería esta historia típica de aquellos tiempos y circunstancias, se salvó huyendo de Turquía a España, donde hizo valer sus conocimientos lingüísticos y diplomáticos, y escribió el pequeño libro de memorias que tituló *Nuevo tratado de Turquía*, donde además de describir lugares y costumbres, refiere varias historias de cautivos que terminan en martirio, y que parecen formar parte del abundante repertorio que generaba en España la experiencia del cautiverio.

Aunque soslayando el aristocrático apellido de los Urrea, Lope de Vega contó casi la misma historia en las últimas páginas de "La desdicha por la honra", una de las narraciones integradas en *La Circe* (1624) y posteriormente en sus *Novelas a Marcia Leonarda*. Se trata de una novela breve de curso sinuoso, condicionada por su carácter de epístola hablada y repleta de digresiones y ambigüedades²⁹. El protagonista agónico

28. *Ibid.*, p. 90, nota 34.

29. Analiza los trazos paródicos de la obrita, señalando que Lope escribe sin perder de vista los modos de ficción cervantinos de los que se distancia, A. Redondo, "La desdicha por la honra: de la concepción lúdica de la novela a la transgresión ideológica" en "Otro Lope no ha de haber".

de esta novelita, cuya conexión con el personaje real a que hemos aludido fue señalada por el maestro Marcel Bataillon³⁰, se siente deshonrado cuando sus padres, de abuelo nada menos que Abencerraje, son expulsados de España, como todos los moriscos. La reacción de este hidalgo español, que se ha comportado típicamente como tal hasta el momento de la crisis, será pasarse al servicio del Sultán otomano. No tardará en mandar una nave, y en la mar, ataviado gallardamente al modo turco, mantiene una emotiva entrevista con su señor, a la sazón Virrey de Sicilia, que no le ha menospreciado al conocer su linaje, sino que le ha brindado amparo y amistad. Setenta años después de escribir sus disquisiciones sobre la honra el auténtico Jerónimo de Urrea, que era natural de las riberas del Jalón donde el acento mudéjar todo lo impregna, se basa Lope de Vega en la biografía de otro individuo del mismo nombre, nacido en Zaragoza, que fue renegado y mártir en la capital turca, para urdir la historia de un descendiente de la nobleza nazarí a quien califica al contar su martirio como "mancebo trágico"³¹. La vida de este personaje fictivo se escinde en la disyuntiva de no poder ser, simultánea y honrosamente, caballero, Abencerraje y cristiano. Condiciones, por cierto, que podrían haber sellado un proceso de conversión acorde con las aspiraciones de Fray Hernando de Talavera. Refleja tales ilusiones la imagen estilizada de la conquista de Granada que ofreció Ginés Pérez de Hita³² y glosaba el propio Lope en su teatro de juventud. Su comedia *El hidalgo Bencerraje*, entre otras, encomia la figura del "cristiano Bencerraje", que voluntariamente se convierte y es acogido con todos los honores en la corte misma de los Reyes Católicos³³.

Atti del convegno internazionale su Lope de Vega, 1999, M. G. Profeti (ed.), Florencia, Alinea, 2000, pp. 159-173.

30. También aproxima el caso a la historia verídica del hijo natural de un Virrey de Sicilia que murió en cautividad: "La desdicha por la honra: génesis y sentido de una novela de Lope" (1947), en Marcel Bataillon, *Varia lección de clásicos españoles*, Madrid, Gredos, 1964, pp. 373-418. Estudia detalladamente la utilización de la obra de Sapiencia por parte de Lope de Vega en la segunda parte de la novelita, que considera un ejemplo acabado de *turquerie*, Albert Mas, *Les Turcs dans la littérature espagnole du siècle d'or*, París, Centre de Recherches Hispaniques, 1967, vol. I, pp. 483-497.

31. Lope de Vega, *Novelas a Marcia Leonarda*, ed., introd. y notas de Antonio Carreño, Madrid, Cátedra, 2002 (Letras Hispánicas, 487), p. 229.

32. *Historia de los bandos de Zegríes y Abencerrajes. Primera parte de las Guerras civiles de Granada*, ed. y estudio preliminar de Pedro Correa, Granada, Universidad de Granada, 1999. Véanse también M. S. Carrasco Urgoiti, "Pérez de Hita frente al problema morisco", *Actas del IV Congreso Internacional de Hispanistas* (1971), Salamanca, Asociación Internacional de Hispanistas, 1982, vol. I, pp. 269-281. y *The Moorish Novel: "El Abencerraje" and Pérez de Hita*, Boston, Twayne, 1976 (T.W.A.S., 375), pp. 73-123 y 159-173 (hoy resumido en "La novela morisca" citado *supra*, nota 14). Con el presente trabajo en prensa, leo la valiosa aportación de Jorge Checa, "Lope de Vega ante la cuestión morisca: Ideología y juego literario en *La desdicha por la honra*", *Anuario Lope de Vega*, VII (2001), pp. 7-24.

33. Sobre estas piezas remito a mis estudios reunidos en *El moro retador y el moro amigo. Estudios sobre fiestas y comedias de moros y cristianos*, Granada, Universidad, 1996. Cf. en particular pp. 306-308.

EL CASO VERÍDICO DEL TRADUCTOR DIEGO DE URREA

Pienso que la coincidencia onomástica entre el autor que nos interesa y el renegado cuya historia relata como verídica Sapiencia se vuelve de cierto modo significativa, si la aproximamos al caso bien documentado del traductor Diego de Urrea³⁴, natural del reino de Nápoles, que sabemos accedió al mismo aristocrático apellido por medio de un proceso tardíamente paralelo al de tantos moriscos que se llamaron, por ejemplo, Mendoza o Gironcillo³⁵. Entre 1585 y 1591 ejerció el virreinato de Sicilia don Enrique de Guzmán, Conde de Alba de Liste, que estaba casado con una hija del conde de Aranda. Ella apadrinó al napolitano, que hubo de ser “enseñado” como cristiano por haber sido cautivado en edad temprana y vivido desde entonces en Berbería, donde se le conocía por el nombre de Morato Aga y había desempeñado misiones de tipo diplomático. Cuando regresó a Italia, acaso como prisionero, la alternativa que le brindaron los virreyes era muy preferible a la reconciliación que el Santo Oficio imponía con penas muy diversas a los renegados que de grado o de fuerza volvían a tierra de cristianos. Cuando se produjo el relevo del Virrey, en su séquito se trasladó Urrea a España y con su valimiento alcanzó posiciones que le permitieron intervenir en el juego diplomático como agente al servicio del rey. Mercedes García Arenal y Fernando Rodríguez Mediano³⁶ nos dan a conocer la excepcional trayectoria de este personaje, que hizo compatible la dedicación al estudio con el comercio y la diplomacia. Como tantos nuevos convertidos españoles adoptó el apellido de su padrino, en su caso madrina, y se llamó Diego de Urrea. Sin embargo, la vida y la mentalidad de este europeo fronterizo entre cristiandad e islam, que superó el estigma de renegado, le alejan de la comunidad morisca, aunque durante algún tiempo compartiese tareas con quienes pertenecían a ella, como el traductor y escritor Miguel de Luna que tenía su propia agenda secreta³⁷. Aunque Diego de Urrea no llegó a

34. Cf. Fernando Rodríguez Mediano y Mercedes García-Arenal, “Diego de Urrea y algún traductor más: en torno a las versiones de los ‘plomos’”, *Al-Qantara*, XXIII-2 (2002), pp. 499-516.

35. Empleo el diminutivo porque uno de los capitanes nombrados por don Fernando Muley –Abenhu-meya– al ser proclamado rey de los moriscos alzados en la Alpujarra fue “Gironcillo de la Vega, gran tirador, criado del Marqués de Mondéjar”. G. Pérez de Hita, *La guerra de los moriscos (Segunda parte de las Guerras civiles de Granada)*, edición facsímil con un Estudio Preliminar de Joaquín Gil Sanjuán, Granada, Universidad, 1998, p.16.

A fines del siglo XV la mayor parte de los conversos granadinos aparecen registrados con nombres y apellidos castellanos, como mostró Miguel Ángel Ladero Quesada, *Los mudéjares de Castilla y otros estudios de historia medieval andaluza*, Granada, Universidad de Granada, 1989, pp. 133-147. Posteriormente surgió una tendencia a utilizar sobrenombres indicativos del origen nazarí de familias asentadas en la burguesía granadina. Síntesis de estas fluctuaciones en Amalia García Pedraza, *Actitudes ante la muerte en la Granada del siglo XVI*, Granada, Universidad de Granada, 2002, vol. I, pp.445-457.

36. Cf. *supra*, nota 34.

37. Véase F. Márquez Villanueva, “La voluntad de leyenda de Miguel de Luna” (1983) en *El problema morisco*, pp. 45-97, y el Estudio Preliminar de Luis F. Bernabé Pons a la edición facsímil de Luna, *Historia verdadera del rey don Rodrigo*, Universidad de Granada, 2001.

denunciar el fraude de los libros de plomo, detectó y comentó su anomalía, lo que exasperaba al Arzobispo de Granada don Pedro de Castro, quien se había implicado a fondo en el culto de los mártires proto-cristianos cuya vida referían los supuestos documentos antiguos. Entre otras motivaciones, quizás influyese en su entusiasmo la circunstancia de que los sensacionales hallazgos proporcionaban al que fue último estado islámico de la Península una temprana aureola cristiana que superaba en antigüedad la adopción del cristianismo por los ascendientes de los cristianos viejos.

En cuanto al renegado que vino a España en el séquito del Virrey de Sicilia, podría comparársele con León Africano, pues fue notoria la sabiduría de Diego de Urrea, así como la actividad que desplegó, primero en el imperio otomano, y finalmente al servicio de Felipe II. En España desempeñó cometidos tan diversos como los de intérprete, bibliotecario, enviado especial en Marruecos y “catedrático de árabe” en la Universidad de Alcalá de Henares. Aunque su trayectoria fuese excepcional, nos acerca a la multitud de personas que, a ambas orillas del Mediterráneo, vivieron en planos oscilantes entre la cristiandad y el islam. Hoy abundan los estudios sobre cautivos, mártires y renegados, que además de mostrar la imbricación de los tres grupos entre sí, analizan las mentalidades fronterizas que ocasionalmente se manifestaban en vacilaciones y retornos. Pero basta con leer atentamente las obras de Cervantes para palpar esa realidad, que él mismo vivió intensamente y transmitió con cierto grado de ambigüedad que ha hecho posible el laberíntico abanico de irreconciliables posturas que defienden unos u otros cervantistas³⁸.

Nos hemos alejado de nuestra materia, pero al menos la digresión no nos permite olvidar que la apertura hacia las ideas y modos de escritura de Europa en que se implicó Jerónimo de Urrea tuvo lugar en una sociedad veteada de internas disidencias. Lo evidente es que nada prueba en cuanto a linaje o “limpieza de sangre” un nombre ilustre, y que para personas con medios y educación no era imposible, aunque sí dificultoso, deslizarse entre una y otra colectividad –o casta en la terminología de don Américo–. En cuanto a Lope de Vega narrador, aunque no desarrollara el caso de manera coherente sí supo ver la angustia que en su entorno causaban los equívocos de honra y linaje. Y dado que sus contactos con la nobleza eran importantes cuando escribió las *Novelas a Marcia Leonarda*, también resulta plausible la discreta eliminación del aristocrático apellido aragonés que lleva el personaje renegado y mártir del *Nuevo tratado de Turquía*.

A punto de concluir estas páginas conozco una importante “Sección monográfica: En torno a los plomos del Sacromonte” aparecida en *Al-Qantara*, XXIV-2 (2003). Comprende nueve monografías, encabezadas por una excelente síntesis por Mercedes García Arenal situando el fenómeno en su contexto.

38. En la imposibilidad de abarcar el repertorio pertinente, remito al bien documentado y agudo estudio de María Antonia Garcés, *Cervantes in Algiers. A Captive's Tale*, Nashville, Vanderbilt University Press, 2002. Sigue vigente F. Márquez Villanueva, “El morisco Ricote o la hispana razón de estado” en *Personajes y temas del Quijote*, Madrid, Taurus, 1975, pp. 229-335.

adalides castellanos, pero también Reduán y “a Bencerax” (*sic*, f. 9)⁴² que se recordaban como paradigmas caballerescos nazaríes, y por cierto este encomio dual de los bandos enfrentados precede en más de treinta años a las *Guerras civiles de Granada* (1595), aunque no a la primera novela morisca –*El Abencerraje*–, que fue auspiciada, como hemos recordado, en un entorno donde había crecido y al que se sentía vinculado el autor de la perdida novela pastoril *La famosa Epilia*. A mi ver la identificación entre escritor y personaje, que en su libro dialogado se establece primariamente con el interlocutor aragonés, no excluye que en el andaluz se refleje también el ardimiento juvenil del joven soldado a quien hizo capitán el Emperador y que cantó sus glorias en el inédito poema *El victorioso Carlos*⁴³.

Los dos interlocutores se respetan mutuamente como hombres cabales y valerosos, pero pese a ello hay un momento en que el calor del debate en torno a cuestiones de honor sube hasta casi alcanzar el trance del desafío (f. 10). Es cierto que viven momentos distintos por lo que sus circunstancias podrían propiciar actitudes opuestas en cualquier crisis que ponga en entredicho su buen nombre. Franco reside decorosamente en su ciudad natal; Altamirano ha abandonado voluntariamente la suya, con el propósito de no regresar a ella hasta el día en que haya lavado con sangre una afrenta. Todo nació de un altercado surgido en la sala de juego de una casa grande, a consecuencia de que recriminó por lo mal que jugaba a un gentil hombre adscrito al servicio de la misma, y éste respondió llamándole “ruin hombre”. Ofendido, además, por el tratamiento de “vos” en que se había expresado la crítica, en la réplica acentuó la frase despectiva con un “vos, que soys tú”, a lo que Altamirano respondió que “era tan bueno como él y se lo probaría con testigos”. “A esto,” –sigue contando– “me desmintió”, y si no se hubiera interpuesto entre los dos el noble anfitrión, el hidalgo de Triana habría “hecho pedazos” al de Sevilla, porque “bien sabe todo el mundo que no me dexo sopear de nadie.” (f. 2).

42. Los números de folio intercalados corresponden a la edición siguiente: *Diálogo de la verdadera honra militar, que trata como se ha de conformar la honra con la conciencia, compuesto por don Gerónimo Jiménez de Urrea, Cavallero de la Orden de San-Tiago, y virrey que fue de la Pulla. Añadido y enmendado en su quinta impresión por el capitán don Pedro Bracamonte, natural de la insigne Villa de Valladolid*, Zaragoza, Juan de Ybar, 1661. Esta edición recoge el “Elogio” a la memoria del autor por Juan Francisco Andrés [de Uztarroz], aparecido en la de Zaragoza, Diego Dormer, 1642, así como la epístola al autor de Alonso de Ulloa, que figura en la *princeps* de Venecia, 1566, que fue auspiciada y cuidada por este activo promotor de las letras españolas en Italia. Sobre la edición de Madrid, 1575 véase *supra*, nota 12.

43. La obra poética de Urrea incluye también sendas epístolas a dos amigos ilustres, ambos andaluces y vinculados por amistad al círculo de Épila: Gutierre de Cetina y el Duque de Sessa don Gonzalo Fernández de Córdoba. Sobre los poemas de Urrea véase Geneste, pp. 250-296. Comenté el círculo de Épila a mediados del XVI en el artículo ya citado “Las cortes señoriales del Aragón mudéjar y *El Abencerraje*”.

A partir de ese momento Altamirano vive, a su juicio, sin honra. Para recobrarla ha optado por marchar a Italia y desde allí hacer público un cartel de desafío y asegurarse un campo para celebrar el duelo, ya que en España las leyes no lo permiten. Con la contundencia que implica su nombre, Franco condena tal propósito y da abundantes argumentos y ejemplos, tomados de la historia, los mitos y el tiempo presente, para criticar la susceptibilidad de su amigo. Arguye en primer lugar, como pudiera hacerlo un escritor ascético, que nadie tiene la capacidad de quitar la honra a quien no la ha perdido por una mala acción. Esta idea se repite a lo largo del coloquio, pero serán necesarias ciertas matizaciones. Los dos están de acuerdo en que la mujer sí puede privar irremediamente de su honra al marido si ella comete adulterio, pero disienten sobre la obligatoriedad de ejecutar el castigo. Franco advierte también, aduciendo ejemplos, sobre el riesgo de que una falsa apariencia de culpabilidad o una calumnia puedan dar lugar a la muerte de una persona inocente (ff. 83-85).

Una y otra vez vuelven los interlocutores sobre la situación de Altamirano, quien gradualmente acepta la idea de renunciar a la venganza sangrienta y buscar intermediarios a fin de que hallen una fórmula de rectificación que no implique desdoro para nadie. Lo que causa perplejidad es que un insulto tan impreciso como “ruin”, acompañado de puntillos recíprocos ante el uso descortés del “vos” o del “tú”, pueda cobrar toda la fuerza de la insidia y empujar a un ciudadano honrado a romper su vida y lanzarse al mundo en busca de la oportunidad de morir o matar. Y en ello perder el alma y la verdadera honra, como le recuerda su amigo a cada paso. Nos preguntamos si la vaguedad del ultraje no encubre otras insinuaciones relativas al linaje o a circunstancias que mermaban la calidad de la persona en la estimación de la sociedad y que de algún modo estuvieron presentes en la experiencia del autor. Pensamos en esa historia que urdirá Lope con retazos de la realidad, en la que se rompe la vida de un hidalgo neocristiano, porque vive tan obsesionado como Altamirano por un concepto erróneo de la honra, y puesto en el disparadero del deshonor, se convierte en algo que la mitad de su ser reprueba. Con sentido crítico y un trasfondo de optimismo, que nos parece asentado en su hombría de bien y en su sabiduría, Jerónimo de Urrea ofrece al hombre de su tiempo materia de reflexión para superar los miedos de la edad conflictiva, a los que no debió ser totalmente ajena su propia experiencia.